

LOS PATIOS COMO PATRIMONIO CULTURAL DE CÓRDOBA

M. PELÁEZ DEL ROSAL
ACADÉMICO NUMERARIO

Si Granada se caracteriza por los cármenes, especies de paraísos cerrados para muchos y jardines abiertos para pocos, al decir del poeta barroco Soto de Rojas, Córdoba se caracteriza por los patios, lugares de encuentro para todos. No hay que acudir a fuentes históricas o literarias para advertir inmediatamente que el patio en Córdoba es una constante, un signo de identidad. Basta con darse un paseo por sus calles, detenerse en sus plazas, adentrarse en sus iglesias y conventos para descubrir de inmediato, que próximo al lugar hay un patio que exhala las esencias del azahar, el clavel o la rosa, el dompedro, la buganvilla o las mil y una clase de geranios multicolores injertados en las ventanas, en los balcones o en el chamizo que detiene la aplastante luz solar cordobesa. Patio, espacio abierto, patio, escuela de tolerancia, patio, quehacer común.

Así se expresa el poeta José de Miguel:

*Donde la cal es rito milenario,
donde el sol es crisol enardecido,
donde la sombra es apacible nido,
donde el sosiego guarda un santuario;*

*donde el jazmín es flor y es incensario,
donde la fuente es música al oído,
donde el pozo es un gozo presentido,
donde la vida es un soñar diario;*

*donde el tiempo lo rige un campanario,
donde el arriate es un tapíz florecido,
donde el clavel es corazón herido,
donde el amor oculta un relicario;*

*donde esplende la perla de Occidente,
;donde Córdoba es patio, solamente!*

Teodomiro Ramírez de Arellano en sus *Paseos por Córdoba* nos ha dejado un testimonio veraz del entramado urbano, y en su erudita obra nos ha proporcionado noticias ciertas de los patios. Por citar algún ejemplo baste el siguiente: “La casa (de

los Muñices) es de las mayores de Córdoba; ocupa una superficie de más de cinco mil varas; tiene puerta falsa a las callejas de Santa Inés, muchas y buenas habitaciones, oratorio, *cuatro patios*, jardín, huerta con tres pajas y media de agua de la Fuensanti-lla, corral, grandes y buenos graneros, caballerizas y cocheras”. “Entre la Lagunilla y la calleja del Chaparro -dice en otro lugar-, hay una casa que sirve de comunicación y llaman del Paso, y por cierto que es bien rara, pue se pasan dos o tres *patios*, y se suben o bajan por unas escaleras. Esta clase de casa -agrega-, de las que había muchas y sólo han quedado dos, procedían de ceciones de terrenos que hacía el Ayuntamiento con aquella condición, y que poco a poco los propietarios han ido suprimiendo, resultando ese gran número de barreras o callejas sin salida, como hay en Córdoba”. En la calle del Greñón “hay una casa dentro de otra, lo cual no ha podido menos extrañar a cuantos la han visto; son de diferentes dueños, y después de atravesar el *patio* de una se encuentra el portón de la otra, resultando de esto muchas cuestiones”. Mención aparte merecen los patios conventuales y parroquiales. Citemos entre éstos el patio del santuario de la Fuensanta. “Entre la casa del capellán y la iglesia -dice Ramírezde las Casa Deza- hay un extenso y bonito *patio*, decorado con arbustos y flores, además de unos cipreses criados en forma piramidal, si bien escalonada; delante de la segunda hay una galería sostenida por arcos, en los que se leen algunas sentencias religiosas y morales”.

A ciencia cierta no se conoce desde cuándo existe el patio en Córdoba. Pero no podemos dudar que la casa romana (*domus* o *villa*) debió tener en Córdoba la misma configuración que en la capital de la urbe, a cuya imitación modélica tendió siempre la Colonia Patricia, desde que Claudio Marcelo le diera su actual asentamiento. A medida que la colonización romana avanza en Hispania se va implantando el modelo de casa romana, con una abertura en el centro, al que se denominó “*atrium*”, voz derivada de *ater*, que quiere decir “negro”, por el humo del hogar, y que no es otra cosa sino “un pequeño patio central rodeado por un pórtico, en torno del cual se disponen las habitaciones. Toda la vida familiar se desarrolla en él. Allí se come, se duerme, se reciben las visitas, juegan los niños, dirige la esposa los quehaceres de las esclavas”. Toda la ventilación y toda la luz la recibe por el atrio. Cuando en Italia se fue difundiendo la cultura griega, los romanos pudientes fueron ampliando y enriqueciendo sus casas primitivas, generalizándose el sistema en el siglo I a. de C. El romano está siempre en contacto con el aire exterior. El patio evoluciona agregándose el peristilo, mucho más amplio y soleado, por ser más amplia la abertura interior. Todas las habitaciones tienen amplias puertas hacia el atrio o el peristilo, pues la vida interior no es atractiva para el romano. La casa del Fauno en Pompeya tiene dos atrios y un peristilo, la casa llamada del “atrio o mosaico”, en Herculano, tiene, en lugar de peristilo un pórtico con ventanas. El patio, en suma, es el punto de reunión de la familia. En él recibe el padre a sus clientes. En él se encuentran el hogar, el altar doméstico, el larario, el lecho nupcial y las imágenes de los antepasados. En realidad, es un patio cuadrado, rodeado de un pórtico. Hacia él están inclinadas las aguas de los tejados. En la parte correspondiente del pavimento hay un recipiente de agua, como un pequeño estanque, que, o bien lo conserva y la renueva con una fuentecilla constituyendo un estanque, o bien formando como el brocal de un pozo la deja salir por una abertura lateral hacia una cisterna más profunda. Algunas casas en lugar de atrio tenían un *viridarium*, es decir un jardín de recreo más o menos amplio y adornado con pórticos en uno o en todos sus lados. En el intercolumnio podía haber construido un repecho, a la altura de un metro más o menos que se llenaba de macetas y de flores. De este tipo es la casa de Dómedes en Pompeya. La costumbre de colocar columnas en el patio fue introducida posteriormente. El censor Lucio Craso fue uno de los primeros romanos que adornó el atrio de su casa en el Palatino con seis columnas de mármol de Himerio, siendo motejado como “La Venus Palatina”. Las fuentes romanas nos dan

noticia de la suntuosidad de la casa señorial. “Todas las paredes del atrio se revestían de lujosos mármoles, combinados con hermosas pinturas al fresco; y el artesonado se entretejía con ricas incrustaciones. La abertura del *impluuium* se cubría con lujosos toldos corredizos para filtrar la luz y en rico pebeteros se quemaban perfumes, con lo cual el atrio se hacía más deleitoso. Las mesas de mármol, las estatuas y el estanque central contemplaban la ornamentación de esta pieza, la primera de la casa. Varrón dice que en su juventud era costumbre tener en el atrio una mesa con utensilios de cocina en bronce, como recuerdo de los tiempos en que se cocinaba en el atrio. Era también éste el lugar en el que el señor de la casa recibía las saluciones, o los buenos días que iban a darle muy temprano sus deudos o parientes. Cuando eran muchos los visitantes, por ser la casa propiedad de altos dignatarios, aquéllos se situaban en los pórticos del atrio y el señor iba pasando delante de ellos, acompañado del siervo (*nomenclator*) que le recordaba el nombre de cada uno de ellos. En algunas casas existía además un *lararium*, o capillita para tributar el culto familiar. Fueron muy frecuentes los construidos en forma de templo. Es un bello ejemplo el larario conservado en la casa de los Vecio en Pompeya. La imagen del Genius familiar, y algunas estatuillas de dioses recibían en determinados días la veneración de todos los miembros de la casa. A veces se recubrían de mosaicos los contornos del *impluuium*, que no debía pisarse, por ser una obra demasiado preciosa para hollarla. El resto se dotaba de una pavimentación más dura, a base de granitos, basaltos o pórfidos, según el peculio del dueño de la casa.

La casa romana cordobesa debió responder al modelo común, y de su riqueza hablan los numerosos mosaicos hallados en el subsuelo. El Museo Arqueológico es buena prueba de la importancia del patio cordobés romano, en cuyos aledaños se enmarcarían los mosaicos. Nada de extraño tiene que la riqueza urbana de Córdoba le viniera dada por su condición de ciudad capitalina. Debieron ser muchas las casas particulares en donde el lujo decorativo tuviera aposento, tomando como modelo a imitar la capital del Imperio, Roma. Prueba de lo dicho es que en uno de los hallazgos más interesantes que se realizó en el antiguo palacio de los Fernández de Córdoba, en la calle Ramírez de las Casas Deza, se descubrió un patio ajardinado rodeado por una galería con columnas, unidas por un murete o poyo estucado, salvo en el acceso del jardín al interior del peristilo. Fueron frecuentes en Córdoba, por tanto, las casas con patio y varias estancias, destacando los ricos parámetros musivarios y los bellos ornamentos arquitectónicos (R. Neila).

De este pasado glorioso romano se hace eco en un bello texto publicado hace cuarenta años, Samuel de los Santos para poner de relieve que la romanización en Córdoba fue tan intensa que su futuro quedó condicionado por esta civilización, sin que hasta nuestros días se haya podido desprender de ella, como se atestigua igualmente con su proverbial senequismo, texto que no nos resistimos a transcribir: “Donde quiera que se sondea en la entraña del suelo revuelto y fertilizado por todas las culturas grandes del mundo en esta ciudad, hallamos el eco del “alma mater”, que al conjunto del picotazo de la azada, surge de entre las ruinas como evocación de magia, mano alzada en saludo heroico, en demanda de un recuerdo. Hoy la vimos en el solar municipal, zona sembrada de mármoles caídos de la sede inmemorial de ediles y pretores, entre las albas sombras de Marcelo, Q. Fabio Maximo Emiliano, Metelo, Varrón, Longino, etc.; ayer el golpe de la piqueta despertó de su melopea en polícromo mosaico de verdes pámpanos al soñoliento rostro del dios Baco enfebrecido por el fino olor de las bodegas de Cruz Conde; poco tiempo después surgió otro “deus ex machina” del terroso escotillón de la Casa de Correos, el alado Pegaso, símbolo actual del Correo de urgencia. Vuelven los dioses y los héroes se asoman al mundo actual para saber qué hicimos en su memoria; Séneca, Marcelo, Lucano, César, irán pidiendo cuenta a nuestro olvidadizo patriotismo y entristecidos nos volverán la espalda al ver

que apenas unos nombres escritos en la esquina de una calle o en los bancos de un jardín hablan de quienes iluminaron con sus ideas las aulas de las Academias más famosas del mundo, quienes cantaron, en épicas estrofas con acento español las victorias de Roma o rasgaron como progenitores en el terruño ibérico un rectángulo con el arado como hicieron los mellizos de la Loba. El mismo César nos pedirá explicación de por qué no supimos grabar en bronce el verso latino con las palabras de Marcial: “Oh, plátano inmortal, rumoroso amigo de los dioses: no temas al fuego ni al hierro sacrílego: tu duración y lozanía serán eternas porque te plantó la mano de César. Y entre el sudario y las negras cenizas del “Banco de Córdoba” se agitará la ebria y trágica sonrisa del epicúreo Scapula, general pompeyano que prefirió morir entre las llamas de la hoguera que encendió con sus propias manos en fúnebre banquete, antes que entregar su palacio y persona a la venganza del César, victorioso en Munda, pero salpicado en sangre de 20.000 pompeyanos cordobeses”. Spolia Optima, rezaba la inscripción que el Emperador Augusto halló enterrada bajo las ruinas del templo de Júpiter. Tesoros sagrados que los patios romanos cordobeses, cuyos restos se descubren cada día en los barrios antiguos de Córdoba. Salud. La romanización fue tan intensa que el futuro de Córdoba quedó condicionado por ella. El proverbial senequismo lo atestigua, repetimos.

Y esta Córdoba romana de patios y jardines, dio paso andando el tiempo a la Córdoba visigoda, primero, árabe y judía después, y finalmente cristiana. Detenernos en sus estadios nos llevaría a traspasar la frantera de la noche, y por ello hemos de acabar ya con el pasado remoto para adentrarnos en el ayer más inmediato.

Un visitante ilustre, S.A. Seruya vino a Córdoba hace cuarenta años, encandilado por el recuerdo de Séneca, el hispano-romano, y Maimónides, el hispano-judío. Descubre así este encuentro hace casi medio siglo, en la Plaza de su nombre, instigado por localizar su casa. “La Casa esta situada en la Plaza de Maimónides. Al entrar, pasando por la puerta del *patio*, pronto me vi rodeado por algunos de los muchos humildes inquilinos. En contestación a mis preguntas, fui conducido a una habitación en el piso bajo, ocupada por una lavandera muy agradable, María de la Palma. Todo el mundo estaba de acuerdo que en aquella habitación había nacido Maimónides. Inmediatamente me vi sorprendido por los espléndidos mosaicos de color en el suelo, ornamentados con animales y cabezas en relieve y que representaban al sol, soldados árabes, elefantes, camellos, conejos y castillos. El delicado color y esmalte me produjeron tal impresión que me decidí a tomar algunas fotografías”. Algún tiempo después el visitante vino otra vez a Córdoba y pudo admirar la casa, y no sólo los mosaicos, sino también los dos patios, con sus delicadas columnas y capiteles. La mayor parte de unas y otras son de diseño árabe “y fue de un interés especial para nosotros el contemplar dos columnas que eran de un claro origen visigodo”. Este ejemplo debió ser uno más del entramado urbano medieval, rico en diversidad de viviendas de corte musulmán y cristiano, que a su vez originaría la diversidad de sus patios.

Las referencias en las fuentes árabes a los patios cordobeses es parca. Cuando en el año 967 Alhaquén II ordena la construcción de la Casa de las Limosnas y las escuelas para enseñanza del Corán dice que “el patio de la mezquita tiene una corona formada de escuelas destinadas a los huérfanos de los alrededores”.

En un texto de Ibn Idari, del año 987 cuando Almanzor amplió la mezquita se lee: “Lo primero que hizo fue tranquilizar a los propietarios de las casas y fincas vecinas, cuya demolición era necesaria, comprándolas a un precio razonable e indemnizándolas por ellas. Puso en el patio (*sahn*) un gran algibe, tan ancho como la boca”. Y de la misma época, años 999 a 1000 se lee en el manuscrito de Tamagrut que en esta fecha “se construyeron hacia los costados 20 habitaciones para uso de los feligreses. Y en el *patio* un algibe y en el medio de él un surtidor de agua de veneros”. Breve descripción

pero cierta del primitivo Patio de los Naranjos. Los poetas árabes alaban e hiperbolizan estos lugares que recuerdan “por su dulzura exquisita el paraíso celestial”, de los que nos estarían ausentes “los arriates floridos”, “con sus aguas de plata que parecen collares desprendidos de sus gargantas”, y en donde “aprovechando el sueño del destino fuimos ladrones de placeres” (Yaqut). Otros autores al describir los palacios y almunias de la Córdoba califal, como el de Dimashq proclama que todos los palacios del mundo no son nada comparados con el alcázar de Dimashq “por su jardines llenos de frutos deliciosos y fragantes flores, hermosas perspectivas, límpidas corrientes de agua y aromáticas nubes de rocío, pues su tierra está siempre perfumada por el riego matutino, su ámbar gris y por la noche sus jacintos negros”.

Mayores y más concretas noticias tenemos del patio cristiano-medieval. En el libro “La vida urbana cordobesa: El Potro y su entorno en la Baja Edad Media”, su autor José Manuel Escobar Camacho nos da referencia de determinados patios, a los que vamos a aludir. Destacan en primer lugar, los mesones situados en la collación de San Nicolás de la Ajerquía, próximos a la calle del Potro. Su estructura era la siguiente: se entraba por una puerta que daba paso al portal o casa-puerta o a una estancia de dimensiones reducidas constituidas por varias estancias en sentido transversal a las que se accedía por un arco o un largo corredor; de allí se pasaba a un segundo corredor, las caballerizas y habitaciones de los huéspedes. Elemento esencial de estos edificios -dice- era el patio, que por lo general estaba empedrado, y en el que se ubicaba el pozo, como el Patio del Mesón de la Paja, que tenía de largo 24 varas y media (más de 22 metros) y de ancho 15 varas (unos 12 metros y medio). En él se incluía un aposento con puerta de madera, suelo terrizo, techo con asnados, cabío o viga y costanera y tejado a un agua, de cinco metros por dos y medio. El suelo de este patio estaba empedrado y en él se encontraban dos pozos con su brocal y pila cada uno. Junto al patio principal existían caballerizas con su pesebre. Había también en el Mesón de la Paja, otro segundo patio, una pila y una escalera por la que se subía a los corredores voladizos que daban al patio y que comunicaba con las cámaras situadas sobre las estancias que recaían al mismo. La documentación es tan pormenorizada que se señala incluso el número de escalones de las escaleras, que podían ser hasta quince, pudiendo alcanzar de altura la planta inferior entre dos veinte a tres metros. Por una de las caballerizas se pasaba al segundo trascorral, de mayores dimensiones que el anterior. Era frecuente la existencia de ventanas al patio, y asimismo que detrás del patio se encontrara un trascorral o dos, como hemos dicho, en donde estaba el servicio. La misma estructura existía en las casas con tienda, tras la cual se hallaba el portal que daba acceso al patio. Las habitaciones próximas al patio se denominaban palacios, o sala principal de la casa, por ser la más amplia, dedicándose uno de ellos a cocina. Pozo, pila y escalera para subir a los corredores era la usual estructura.

En el mesón de la Alfalfa, existía ya a finales del siglo XIV también un patio, situado tras el segundo cuerpo, parte del cual estaba cubierto con asnados, cabío y costanera. En él se encontraba un pozo con un brocal y una pila de piedra, y rodeando al patio cinco caballerizas con sus pesebres correspondientes y comunicados.

En el mesón del Potro también existía un patio en el que se encontraba una escalera de once escalones para subir a un corredor voladizo con su baranda, existiendo una puerta que daba a un callejón o trascorral de seis metros de largo por menos de uno de ancho. El corredor voladizo sobresalía una vara sobre el patio con maderos horizontales sobre los que se situaban otros verticales. Fue este mesón el más popular de Córdoba en el siglo XVI, siendo conocido con este nombre, ya que antes era llamado de Doña Teresa o de la Catalana. Fue citado por Vicente Espinel, Anton de Montoro, Miguel de Cervantes, en el que se alojaba, y por Góngora, quienes destacaron su ambiente popular y picaresco, carácter que sigue coservando como posada, hasta nuestros días, sede de la Delegación de Cultura e Información del Ayuntamiento y del

Mercado Nacional de Artesanía o “Artespaña”.

De esta época, mediados del siglo XIII a XV, data ya la casa-corral, donde viven varios vecinos en torno a ese espacio, como en la acera este de la calle de la Feria, por encima del monasterio de San Francisco, en la collación de San Pedro y la Ajerquía.

En suma, debió ser frecuente el patio en las construcciones populares cordobesas de la Baja Edad Media. Pero también en las palaciegas o señoriales. Un escritor cordobés del siglo XV, Jerónimo Sánchez, habla de los patios cuadrados (atria quadrifaria) del Alcázar de los Reyes Cristianos y de sus jardines de fuerte verdor, en donde se mezclan la belleza del plátano con la flor del lino, los rosales vestidos de púrpura y la fragancia de los lirios blancos. Y en donde se maravilla del surtidor “admirable artificio mecánico”, que hace subir el agua hasta las azoteas, para que sus huéspedes, “respirando la plácida brisa, se sientan a gusto con un agradable refrigerio”.

Por tanto, el patio cordobés nace en la Baja Edad Media como elemento esencial de la casa, y, por lo general, como centro de la actividad doméstica, porque las distintas dependencias se ubicaban en su alrededor, al que se accedía por las correspondientes puertas, siendo en gran parte de la zona denominada la Villa y en la ajerquía muy numerosos, contabilizándose un 43% de las casas con tres o más patios, un 20% con dos y un 37% con uno, e incluso existiendo en alguna casa de la calle del Baño un patio en la planta alta, y en la calle Buen Pastor una casa con un patio exclusivo para mujeres. El suelo se encuentra por lo general empedrado y con menos frecuencia enladrillado o terrizo. En el patio y de suelo terrizo se encontraba la cocina, con su correspondiente chimenea, por la que se llegaba al corral o trascorral, en donde se situaba el lavadero, el servicio, el gallinero y la pila.

Esbozado este esquema histórico del patio antiguo cordobés, sería interesante realizar un estudio individualizado de ellos, estableciendo varios itinerarios topográficos y finalmente hacer una evocación lírica, que reclame su interés estético y turístico. Para ello proponemos abordar, si las Instituciones locales o autonómicas nos lo confían, una Guía de los Patios Cordobeses, según el esquema inicial que contemple la diversidad tipológica de los mismos, en cuanto a los conceptos que creemos pueden sobresalir:

I. Patios Institucionales. II Patios señoriales. III Patios conventuales y parroquiales. IV. Patios populares. V. Patios desaparecidos. Y todos ellos bajo la enseña del Patio principal de Córdoba que es el Patio de los Naranjos, el Patio principal de Andalucía, el padre de los patios cordobeses, más antiguo en setenta años que el Patio de los Leones granadino y más bello que el Patio de la Catedral de Sevilla y más grande que todos ellos.

Comencemos por el *Patio de los Naranjos*. Esta rodeado de una galería por tres de sus lados, datando su renovación total, al decir de Rafael Ramírez de Arellano, del siglo XV, tanto de las arquerías como de los muros exteriores, principiando con la parte norte y sur y concluyendo con la parte oeste a principios del siglo siguiente. Su origen data de tiempos de Alhakén, que construyó además dos fuentes públicas de abluciones al oriente y otras dos al occidente. Mide 62 mts. de norte a sur y 128 con 72 de oeste a este. Como señala Alberto Villar las obras de reconstrucción del enorme perímetro del Patio de los Naranjos se complementaron antes de 1519, en tiempos del obispo D. Martín Fernández de Angulo, seleccionando el arquitecto Hernán Ruiz el Viejo para las crujías la anchura de una nave de la Mezquita, y en su alzado, módulos de tres arcos peraltados sobre columnas de fuerte impronta mudéjar separados por machones góticos.

Y ahí está el Patio principal de Córdoba, el compás de la oración infiel, que vigila el sueño de los siglos y el famoso alminar glosado por el gran cronista Ambrosio de Morales. Y ahí están todas las evocaciones que sugiere a los viajeros y entretenidos antes de pasar al interior sembrado de columnas y silencios orientales. En “Un paseo

por Sevilla y Córdoba”, del libro “Un viaje por España” del barón Charles Davillier, se puede leer lo siguiente: “El Patio de los Naranjos de Córdoba y el de la Catedral de Sevilla han hecho palpar en todos los tiempos el corazón de los andaluces, y cuando salen de viaje gustan de invocar su nombre como un recuerdo de la lejana patria. Así le sucedió, según Ponz, a unos toreros cordobeses que se dirigían a Pamplona para tomar parte en una corrida, que al entrar en la posada de un pueblo de Teruel exclamaron: “Alabado sea el Patio de los Naranjos”.

Vienen a continuación los patios y jardines del Alcázar de los Reyes Cristianos, llamado por el Marqués de Lozoya “un reto al Islam”, “un reflejo tardío de la arquitectura cisterciense”, en el prólogo que realizó al “Estudio histórico-artístico del Alcázar de los Reyes Cristianos de Córdoba; de Víctor Escribano Ucelay. Constituye el patio morisco del Alcázar “un maravilloso ejemplo de planta netamente musulmana, tipo morisco, rectangular, de los que en Andalucía cristiana se conocieron por los almoravides”. Sus elementos son todos presuntuosos, los estanques, las albercas, los derrames de agua que se coronan al final con solería de mármol blanco. Y naranjos, limoneros, granados, laurel, jardines con marcada influencia oriental llegada de Persia, y un zócalo de estuco con dos tipos de dibujo geométrico y lacería árabe, pintado en color negro, rojo y ocre, con el motivo principal de castillos y leones combinados con la Orden Militar de la Banda o faja carmesí creada por el rey Alfonso XI, su principal artífice. Majestuoso lugar al decir del autor, construido con anterioridad ¿70 años? al “Patio de los Leones” de la Alhambra, con estanques en sus extremos en lugar de los templetos nazaríes. Su planta musulmana de fábrica mudéjar es la respuesta de los conversos a los hispano mozárabes que dejaron sus nombres grabados en las columnas de la mezquita.

Y después vienen los patios de conventos y parroquias y los claustros reservados de clausura. Destacan el del convento e iglesia de la Merced, hoy Palacio de la Diputación Provincial. De origen medieval este edificio fue remodelado durante el siglo XVIII, datando de 1752 el claustro principal, en el que se advierte una escalera decorada con yeserías recocó, cuya manufactura fue obra del arquitecto lucentino Francisco Hurtado Izquierdo. El profesor Rivas Carmona destaca que del interesante conjunto sólo debe mencionarse la escalera, dispuesta en el centro de uno de los frentes del que denomina “gran patio”, versión de la del antiguo colegio de Santa Catalina, y enriquecida con mármoles polícromos, materializados en las parejas de columnas que soportan los arcos de embocadura con sus respectivos pedestales y balaustres del descanso. Magnífica con los peldaños en negro y los soportes en rojo, con pedestales que lucen bellos embutidos geométricos, preferentemente en blanco, bajo las azabaches molduras del remate, cuyos ritmos curvos recuerdan los de la escalera. Y después, como en cascada de arte se suceden el patio medieval y mudéjar de la Casa de las Campanas, en donde murió el escritor Sánchez de Feria, con arcos de medio punto ornamentados de atauriques y alharacas, y columnas de ladrillo, adquirida en 1452 por don Pedro de Montemayor, señor de Alcaudete, por cambio y permuta con la casa de doña Elsa; el de la Casa de la Encomienda de Santiago, del siglo XIV, con los escudos de armas acuartelados de oro y azules de los Fernández de Córdoba y lunas de azur sobre el campo de plata de los González de Luna, leones y cruces flordelisadas, considerado por todo ello como uno de los monumentos más interesantes de Andalucía. Precisamente comentando este patio Víctor Escribano decía en 1962: “La casavivienda árabe en Córdoba, es ni más ni menos, que la continuación de la romana, de las que quedaban pocas, con modificaciones intermedias visigodas. Sobre ellas, reconstruyen dejando siempre los fundamentales patios, ampliando jardines... usan del arco sobre columnas, pilares y machos...”; o el desaparecido de la casa de los condes de Priego, con capiteles árabes al aire, como típico ejemplo de galería porticada cordobesa; o el de la casa del Gran Capitán, en el que se podía leer “el

Imperio eterno para Dios'', inscripción árabe, herencia de los ceramistas moriscos, perpetuada en Medina Azahara; o el del convento de Santa Marta, cuyas columnas se convirtieron en anchos pilares, en cuyo centro se quedaron fustes y capiteles; o el claustro de los condes de Hornachuelos en la Plaza de las Bulas, en donde existió también otra casa con capiteles renacentistas, análogos al del Patio de las Doncellas del alcázar de Sevilla; o el del convento de Capuchinas; o el de Jerónimo Páez... o los del Palacio de Viana, con sus acuñados nombres de la capilla, de la cancela, de los jardineros, del pozo, de la alberca, de la madama, de las naranjas, de los gatos, de las rejas.

Patios señoriales, a muchos de los que la piqueta sesgó un hálito de vida cuajada de historia y de tradición, pero a los que aún no habría que cantar la elegía de Villaespesa:

*Ni en las alcatifas de sus patios mudos
tejen odaliscas con los pies desnudos
todas las lascivas danzas del Oriente
entre los perfumes de los pebeteros;
ni por sus mosaicos resbalar se siente
la espuela de oro de altivos guerreros.*

sino aquellas estrofas que cantan:

*Ese rumor rimado de una fuente
que, en incansable vuelo de cristales
deja de escapar al tiempo y los regresa,
dos cosas pueden ser, dos solamente;
o un atrio de moradas celestiales
o el patio de una casa cordobesa.*

Patios solariegos, pero también patios del pueblo, sembrados este año por la calle de Martín de Roa, Marroquíes, San Juan de los Palomares, Plaza de las Tazas, Trueque, Anqueda, Tinte, Armas...

El poeta amigo los cantó magníficamente:

*Si han de haser
en su patio
mil maravillas
no dudan mucho tiempo
con sus semillas.
Flores airosas,
las sacan aunque siembren
en cualquier cosa.*

*Los patios cordobeses
no tienen bullas
y el tiempo hace a las cosas
masetas suyas.
¡A cuanto es bello
los patios le colocan su propio sello!*

*¡Los patios cordobeses
que amamos tanto,
nos embujan al darnos todo su encanto!*

*¡Sus flores, quietas,
ya duermen en las cunas
de las macetas!*

Patios de casas unifamiliares, heredadas de padres a hijos, o de vecinos, como lugar común para satisfacer necesidades comunes, cargados de sabiduría oriental, pletóricos de vida, al margen del tráfigo mundano, pequeños conventos familiares, donde la paz y el silencio se conjugan cuando cae la tarde y la noche se embadurna de leyenda y duendes, salidos de las sieterevueltas, o de azonaícas, por el largo y ancho callejero de Córdoba.

La casa cordobesa con patio es única, la luz, el aire y el agua se mezcla con el fuego, la alegría y la conseja del abuelo que conserva la tradición de los siglos y la transmite a sus nietos.

Todo eso y mucho más es el patio cordobés. Porque este recinto, por lo general limpio y blanco, clínica y cenobio a un mismo tiempo, ha influido en el señorío de Córdoba, para deleite de propios y extraños, y sobre todo para gozo del amo de la casa. El patio queda como un reducto fortificado de la cultura de nuestro tiempo, como un motivo de reflexión y de pensamiento, como ejemplo estético a imitar, como objeto de las cualidades del artista que pincel en mano o cámara fotográfica en riestre intenta una vez y otra plasmarlo en su lienzo en el papel de nitrato de plata. Patio de Córdoba, alma de Córdoba, siesta anticipo de sueño o de nostalgia, o de soledad, con la sierra azul al fondo, con el mausoleo de las ermitas en lo alto, deslumbrando claridades coloreando espacios, trazando la sin par curva de la arquitectura popular a cada paso, entre rejas y balcones, y escaleras de macetas que trepan por los muros hasta agazaparse en los canales del tejado que serpentea un perfil de sombra, cuando el sol luce en lo más alto de la mañana. Y en esos recintos separados y distantes del tránsito rodado, Córdoba, como la novia de Andalucía, como la patria del sol y de la luz, se conjura con el hechizo de sus mujeres que encarnan la belleza y que encantan cuando suena a lo lejos el bordón de una guitarra, o la estudiantina de maestro Lucena, como si presagiara que la música siempre fue compañera del poeta. Patios por donde el cielo de Andalucía se mete en Córdoba. Patios que guían a los perplejos que todavía quedan. La casa con patio se convierte así en un lugar de paz, de reposo, en hogar, en castillo doméstico, en micropalacete, en jardín pavimentado, en pórtico de gloria, en donde el agua y la columna se maridan cada día al paso de las hojas del calendario que caen continuamente fraguando el tiempo de la memoria.

Se comprende así que el patio sea un lugar de retiro, apto para la lectura sosegada, refrescante y perfumado, pero sobre todo silencioso. En su interior no hay más seda que los pétalos de las flores que lo adornan.

Para concluir, conviene reducir a siete los elementos que configuran al patio popular. En primer lugar, las flores: geranios, claveles, fusia y begonias, rosas, jazmines y damas de noches, helechos y albahaca, naranjos, limoneros y palmeras. En segundo lugar, el agua de la fuente del pozo, del botijo o del cántaro, para verterla en las macetas, en el empedrado o en el ambiente, como refresco o como alimento. En tercer lugar, la maceta o tinaja, como elemento de recepción de la flor o de la vegetación. En cuarto lugar, la cal o pintura, como color de fondo del espacio que configura el propio patio. En quinto lugar, aunque no necesariamente, la columna o el arco. En sexto, el guijarro. Y presidiéndolo todo, principio o final, el elemento humano, mujer u hombre, que dedica sus afanes al cuidado y esmero del lugar.

Hoy que tanto se habla de funciones, también el patio tiene asignadas las propias. Hace tiempo que Juan Pasquau dijo en un bellissimo artículo monográfico, que el patio representa el primer ensayo de socialización, o mejor de comunidad, diría yo. Por eso es necesario no claudicar ante la moderna tendencia a prescindir de los patios en las

viviendas de nueva construcción, o cuando se proyecten en colegios o cárceles darles su carácter. Porque otro factor del patio y consustancial con él es la intemporalidad. Me refiero, claro está, a “los patios de vecindad, alertados de gatos en la alta noche. Con un sol, de uso propio también, para las camisas, delantales y pañales puestos en el tendedor.. Con ristras de pimientos a secar trepando, como grecas, columnas arriba. Patios de sainete cercanos a Arniches y no demasiado lejos de Buero Vallejo”. El patio es un género de muchas especies. Postulan una alegría que no abdica, que como es una alegría natural, sabe convivir -precisamente convivir- con dolores y sufrimientos.

Un cordobés del exilio, Jaén Morente, dijo que el siglo en que vivimos odia el patio. Y se quedó corto, agregaríamos nosotros. En esta centuria ha nacido el antipatio, en sus versiones modernas de patio de luces y de patrio de butacas, que asfixian, en uno u otro sentido, por su reducido tamaño, o por las cargantes esencias o concentraciones de efluvios humanos que en el último se producen. E incluso semánticamente se desprecia el término o adquiere un carácter despectivo cuando se pregunta en lenguaje coloquial cómo está el patio. Los patios que hoy se construyen en las casas multifamiliares han quedado despersonalizados la mayor parte de las veces. Demasiada cerámica, demasiada losa, demasiada independencia, demasiado elemento común despersonalizado. Hay que volver a impregnar nuestras viviendas del carácter convivencial, estableciendo acicates para hacer que el patio sea un lugar de encuentro y no de mero saludo, de detenimiento y no de paso, de solaz y no de huida. Hay que volver a sacar la mecedora al patio y oír el canto nocturno de las estrellas cuando llegue el verano, y tomar el sol en la recacha cuando se acerque el crudo invierno, y gozar de los perfumes y emanaciones de las plantas odoríferas cuando nazca y crezca la primavera.

Esta lucha sin cuartel contra un símbolo urbano tan entrañable de nuestra cultura debe ceder a favor de los nuevos defensores de los patios, que académica o asociativamente velen por su protección y su promoción. Se me ocurre pensar que podríamos celebrar en este mismo lugar el próximo año un Congreso sobre el Patio cordobés, y convocar a urbanistas, arquitectos, decoradores, pintores, antropólogos, etnólogos, médicos, sicólogos, juristas, historiadores y poetas.

Estas Jornadas han querido ser el proemio de ese acontecimiento al que estoy seguro responderá de la misma forma la dirección de este Palacio con su síntesis de patios, al que concurran 92 pintores que dejen en sus lienzos noventa y dos ejemplares. Y tomar como modelo el Patio que no lejos de aquí dejó para la posteridad el gran Romero de Torres de su etapa sorollista, en el que el pintor estaba obsesionado por la luz, como contrapunto impresionista y metafísico de quien estaba enamorado de pasiones; o en ese otro titulado “Pereza andaluza”, que recrea el ambiente simbólico y vital andaluz, de la muchacha expectante, de las plantas que flotan en el aire, de los vestidos vaporosos, del aire lleno de luz, y sobre todo, de la quietud y del silencio y de la levedad de las cosas.

Y para ese Patio cordobés -Patrimonio cultural de Córdoba- hermano de la poesía, de la pintura, del arte, de la artesanía, de la música, de lo recto y de lo sano, de la arquitectura y del espacio, de la literatura y de la estética, de la convivencia, del señorío y de lo popular, de la iglesia y del convento, del pasado y del futuro y en nombre de tus siete elementos, las flores, el agua, la maceta, la cal, la columna y el guijarro, y la mujer cordobesa, que te encarna entre flores, es para el que voy a pedir, como pregonero, que sea declarado “lugar de Interés Etnológico”, previa catalogación, porque constituye una creación del hombre, una obra vinculada a formas de vida, cultura y actividades tradicionales del pueblo cordobés y por ende andaluz, con méritos suficientes para ser preservado, para ser protegido, para ser tutelado.

Qué feliz mortal el que vive y sueña en los patios y conversa sin prisa con el amigo o el vecino dentro de ellos, o lee o pinta, o escucha música sin que nadie le importune,

o rescata del arbusto el canto de un jilguero, un canario o un ruiseñor, o el vuelo de la golondrina, o se divierte o juega, o come o saborea los placeres que su quietud proporciona.

De verdad, cuando llegue mi hora, quisiera despedir a la vida en un patio de Córdoba, de cara a la luna llena, de madrugada, entre almizcle, rosas de Alejandría o de pitimín, encancelado, y a ser posible cuando fluya la melaza de los conventos; o la flor del vino desde las tabernas, aquí, sí, en Córdoba, entre amigos, palmeras, naranjos y cipreses, porque al fin y al cabo la vida es un volver a cualquier patio, aquí, en Córdoba, donde todo es patio solamente, para volar libre sin tropezar con un toldo o con un techo, como una palomilla en busca de la luz de la aurora, a la hora en que desde las espadañas de los monasterios se llama a oración, al alba, cuando la maceta se despoja del rocío y el mundo se renueva como el cajilón de la noria de la vida, gemela de la muerte, como la tierra simiente y patio de la vida.

*Y en este lugar de luz,
almenara por más nombre,
quisiera sentirme hombre
como Cristo en la Cruz.
Y avisar al mundo entero
sin que a ninguno le asombre,
que fue también su madero
el primer patio andaluz.*